



Secuencia 2, 2005

Cosechas en Morelos y migración laboral

♦ Kim Sánchez

El desarrollo de la agricultura de Morelos ha fomentado, desde hace mucho tiempo, la inmigración de jornaleros de otras entidades que se emplean en la cosecha de diversos cultivos no maquinizados y que requieren de gran cantidad de mano de obra.

Se trata de un trabajo temporal que se concentra en unos cuantos meses al año, dependiendo del ciclo estacional de productos como la caña de azúcar, el frijol ejotero, el jitomate, el angú, entre otros. Esta producción constituye un porcentaje importante del valor generado por este subsector a nivel estatal y representa un volumen de cientos de miles de toneladas que son cortadas manualmente para la agroindustria, el mercado nacional de hortalizas frescas, incluso para su exportación. Para ilustrar este hecho se puede mencionar que en el año agrícola 2003, tan sólo la producción comercial de hortalizas en los Altos de Morelos ascendió a cerca de 100 mil toneladas de jitomates y tomates.¹

Este fenómeno ha dado lugar a diferentes corrientes migratorias de trabajadores que, solos o acompañados de sus familias, llegan a localidades como Atlacholoaya, Atlatlahucan, Tenextepango y

Totolapan, en donde son contratados directamente por productores o a través de intermediarios laborales denominados *cabos*, *encargados* o *capitanes*.

La mayoría de estos trabajadores temporales o estacionales provienen de pequeñas localidades pauperizadas dedicadas a la agricultura de subsistencia que, al mismo tiempo, son importantes regiones indígenas en Guerrero y Oaxaca. Estos migrantes son de pueblos mixtecos, nahuas y tlapanecos, principalmente, quienes adaptan sus costumbres y forma de vida a las condiciones económicas, sociales y culturales que caracterizan su condición laboral de peones y su estadía como población flotante.

Al igual que la mayoría de los trabajadores eventuales en el medio rural de México y América Latina, estos jornaleros se contratan por día o tarea, con escasas o nulas garantías de estabilidad laboral y su ingreso está condicionado por la sobreabundancia de trabajadores eventuales que se movilizan con este fin, lo cual permite mantener bajos sus salarios.

Por su parte, los productores morelenses tienen en alta estima el trabajo de estos jornaleros por su gran rendimiento, resistencia física y disponibilidad para ajustarse al ritmo fluctuante de las co-



¹ Sagarpa. Sistema de Información Agropecuaria de Consulta (Siacon), 2005.

♦ Profesora-Investigadora, Facultad de Humanidades



sechas. Esta eficiencia y disciplina son en parte resultado de la habilidad manual en labores agrícolas y artesanales forjadas en la economía familiar de estos campesinos, así como de la especialización adquirida por generaciones en determinadas tareas, como por ejemplo, la zafra cañera y la pizca de jitomates. Pero también es producto de su vulnerabilidad social como sectores de escasos recursos económicos y miembros de minorías étnicas.

En efecto, no pocos productores y pobladores locales consideran que los “paisanitos” -como les suelen llamar con cierto dejo de desprecio o paternalismo- viven en condiciones precarias y “se conforman” con bajos salarios porque “ésa es su costumbre”. Sin embargo, su incorporación cíclica a este tipo de mercados laborales forma parte de un complejo fenómeno socioeconómico y cultural, mediante el cual regiones de desigual nivel de desarrollo establecen relaciones de interdependencia económica.

Interdependencia e intercambio desigual

El bajo costo de la mano de obra temporal y su flexibilidad para adecuarse a los altibajos en la demanda de trabajo, se han vuelto elementos determinantes para los productores de Morelos, ya que les permiten abaratar sus costos de producción y alcanzar un mayor margen de beneficios económicos.

Esto es particularmente importante en un contexto en el cual predominan los pequeños propietarios y ejidatarios, quienes trabajan con capital limitado, escasa tecnología y están subordinados a múltiples intermediarios comerciales.² Sobre todo en el caso del sector ejidal, este hecho resulta decisivo para que los productores puedan participar en el dinámico rubro de los cultivos comerciales, en condiciones bajo las cuales el aumento constante de los restantes costos de producción y de comercialización se encuentran al margen de su poder de decisión (insumos agrícolas, transporte, crédito y colocación en el mercado).

Por ello, la migración estacional de jornaleros agrícolas se ha vuelto un elemento estructural que bajo los actuales esquemas productivos asegura la eficiencia económica y la rentabilidad de estas actividades en Morelos. Hay que subrayar que, pese a la importancia económica de la mano de obra foránea en la producción agrícola, no existe un justo reconocimiento a su contribución al desarrollo rural de Morelos. Ni siquiera se cuenta con estimaciones actuales y confiables sobre su participación en la economía agrícola de la entidad, cuestión favorecida por el carácter informal y verbal de los contratos de trabajo.

Desde el punto de vista demográfico, las estadísticas oficiales dicen poco sobre la magnitud y

² P. García. “Estructura del sector agropecuario y movimientos sociales en Morelos”, en Ursula Oswald. *Mitos y realidades de Morelos*. Cuernavaca, CRIM - UNAM, 1993, pp. 143-170.

lugar de origen de la migración temporal de jornaleros agrícolas, debido a que su permanencia en la entidad no supera, en la mayoría de los casos, los seis meses. Sin embargo, hay elementos para afirmar que, en conjunto, esta población migrante estacional supera las 7 mil personas; incluso se ha llegado a estimar que pudieran ser hasta 10 mil individuos, entre trabajadores y familias que los acompañan.³

Si se toma en cuenta que este volumen de población se concentra en unos cuantos pueblos del estado, es fácil comprender que, a pesar de sus limitados ingresos, los migrantes constituyen también una fuente nada despreciable de dinamismo en esas economías locales a través de su gasto cotidiano de alimentos, del alquiler de rústicas viviendas o de la compra de otros bienes que escasean en sus comunidades.

Tomando en cuenta dichas consideraciones, se puede afirmar que el movimiento migratorio estacional asociado al desarrollo de la agricultura es un fenómeno que permite el intercambio desigual en favor de la sociedad rural morelense, y en desmedro de las comunidades de origen de esta población flotante.

Acerca de las regiones de origen

La Montaña de Guerrero y la mixteca oaxaqueña constituyen las principales regiones de abastecimiento de mano de obra para la agricultura de Morelos, pero también lo son para otras regiones agrícolas del país, pues se caracterizan por tener altos índices de rezago económico y social.⁴ La mayor parte de su población es indígena y se dedica a las actividades agropecuarias de subsistencia, las cuales son en muchos casos deficitarias.

Entre las principales causas de la migración se suele identificar a la crisis de la agricultura de autoconsumo y de la producción artesanal, sobre todo desde la década de los setentas, la cual alentó la salida masiva de individuos y familias de esas regiones. La extrema precariedad en que se desenvuelven las actividades primarias (que no sólo incluye la baja productividad agrícola, sino también los problemas de deforestación, erosión y pérdida de fertilidad del suelo), se ha sumado a la creciente presión demográfica sobre estos recursos y la escasa diversificación regional de ocupaciones alternativas.⁵

Ante este panorama, muchos hogares han puesto en juego diferentes estrategias para complementar y subsidiar la economía campesina familiar, tratando de preservar su arraigo a la tierra y

³ Sedesol y Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (Pronjag), Coordinación Estatal en Morelos. *Memoria estatal sobre la política del Pronjag en Morelos (periodo 1995-2000)*. Cuernavaca, otoño de 2000.

⁴ H. C. de Grammont y Sara María Lara Flores. *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco*. México, Instituto de Investigaciones Sociales - UNAM (Cuadernos de Investigación, núm. 30), 2004.

⁵ B. Canabal. "Migración desde una región de expulsión: la Montaña de Guerrero", en *Cuadernos Agrarios*. Nueva Época, número 19-20, México, 2000, pp.169-188.



a las formas tradicionales de la vida comunitaria. La migración de uno o más miembros ha sido una de las principales alternativas para estas familias, ya sea con destino urbano o rural. En este último caso, es decir, para aquellos que buscan empleo en mercados de trabajo agrícola de carácter temporal o estacional, ello implica su traslado a zonas de agricultura comercial en que se produce café, caña de azúcar, melón, jitomate y muchas otras hortalizas.⁶

En esta lógica de reproducción social, el ciclo de la agricultura maicera en las regiones de origen condiciona de manera importante los tiempos disponibles para migrar. Luego de levantar sus cosechas, entre octubre y diciembre, la llamada “temporada de secas” apremia a las familias a buscar otras fuentes de ingreso. Este hecho coincide generalmente con el aumento de la demanda de trabajo en cultivos intensivos de ciertas regiones de Morelos, del occidente y del noroeste del país, creando así las condiciones para reproducir cíclicamente la articulación entre migración estacional y agricultura de subsistencia.

Un caso excepcional es la producción de jitomate y tomate de temporal en los Altos de Morelos, la cual genera un polo de atracción para jornaleros migrantes que se superpone a la demanda de trabajo

en sus propios cultivos; sin embargo, mediante diferentes mecanismos muchos de estos trabajadores estacionales se las arreglan para mantener sus milpas en virtud de la relativa proximidad de sus pueblos.⁷

Es así que en general, la migración estacional de familias a los campos agrícolas de Morelos debe ser vista como parte de esta tendencia general de un sector significativo de campesinos minifundistas a construir modos de vida que se basan en alternar el trabajo en su propia milpa con el trabajo temporal como asalariados en época de estiaje.

Ello no significa que a lo largo de esta experiencia algunos migrantes y unidades familiares transiten hacia una emigración definitiva, ya sea porque han perdido el acceso a la tierra en sus pueblos o porque han optado por otras alternativas de trabajo y de vida. En tales casos, puede ocurrir que se incorporen a circuitos transhumantes de jornaleros *golondrinas* o que establezcan su residencia en otros lugares, asentados en las inmediaciones de los campos agrícolas donde consiguen cierta continuidad en el empleo e integrándose en ocasiones a ocupaciones urbanas de escasa calificación. Ejemplos de este tipo de asentamientos en el estado se pueden encontrar en Tlayacapan, Tenextepango, Tlaltizapan o Atlacholoaya, entre otros. De cualquier modo, lo que interesa destacar es que la mi-

⁶ M. A. Rubio, et al. (coords.). *La migración indígena en México. Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México*. México, INI, 2000.

⁷ K. Sánchez y Adriana Saldaña. “Viejas y nuevas trayectorias laborales entre los jornaleros agrícolas en Morelos”. Ponencia. *Coloquio Internacional sobre Jornaleros Agrícolas Migrantes en el Noroeste de México*. Hermosillo, Sonora, 3 y 4 de noviembre de 2003.

gración estacional jornalera a regiones agrícolas de Morelos es un componente importante y específico de la dinámica migratoria de comunidades indígenas de Guerrero y Oaxaca, que se relaciona con las características productivas y sociales de su población. Ello no sólo da cuenta de la necesidad e interés de un sector campesino por buscar alternativas relativamente cercanas de trabajo, sino también de mantener su condición de productores directos y de miembros activos de su comunidad natal.

Comunidades migrantes y vínculos regionales

Los mercados rurales que atraen amplios contingentes de trabajadores foráneos han ido conformando, con el paso del tiempo, flujos relativamente consolidados de jornaleros agrícolas que se orientan a destinos específicos en determinados meses del año. Paralelamente, las redes sociales entre los propios migrantes y con pobladores locales, así como la influencia de los sistemas de reclutamiento y traslado de estos trabajadores, han reforzado la presencia continua de ciertos municipios y comunidades de origen en una u otra región agrícola de Morelos, convirtiéndose así en comunidades proveedoras de mano de obra para determinados cultivos y empresas agrícolas.

Por ejemplo, en la región de los Altos de Morelos se puede destacar la notable participación de comunidades tlapanecas de los municipios guerrerenses de Tlapa de Comonfort y Atlamajalcingo del Monte, así como de pueblos mixtecos de San Luis Acatlán, Acatepec y Metlatonoc de esa misma entidad. De igual manera se orientan a dicha región pobladores de Santiago Amoltepec, Chalcatongo de Hidalgo y San Pablo Tijaltepec en la mixteca oaxaqueña.⁸

Por su parte, la región ejotera de Ayala y otros campos irrigados del oriente de Morelos, son polo de atracción de muchos migrantes nahuas procedentes de los municipios de Atlixac, Chilapa y Tlapa de Comonfort en Guerrero.⁹ Igualmente, de esa misma entidad llegan mixtecos de Copanatoyac y Metlatonoc.

Otro caso ilustrativo son los nahuas especializados en el corte del angú -cultivado al sur del estado- provenientes de diferentes pueblos localizados en los municipios de Ahuecotzingo, Cuálac, Mártir de Cuilapan y Olinalá de las regiones Centro, Norte y Montaña de Guerrero.¹⁰

Estas tendencias no significan que no haya miembros de otras varias comunidades que migran a las diferentes regiones agrícolas mencionadas; de

⁸ K. Sánchez. "En aguas y secas... Migración temporal indígena a las huertas de Morelos". Ponencia. En *Seminario sobre Migración Indígena*. México, CDI-Instituto de Investigaciones Sociales - UNAM, 21 y 22 de marzo de 2005.

⁹ K. Sánchez. *Migración de la Montaña de Guerrero: el caso de los jornaleros estacionales en Tenextepango, Morelos*. Tesis de maestría en Antropología Social, ENAH, 1996.

¹⁰ K. Sánchez. "Tierra y trabajo para forjar una cadena de productos frescos en una región agrícola", en César Romero y Wim Pelupessy. *Teoría y práctica del enfoque de cadenas globales de mercancías en América Latina*. Cochabamba, UMSS-IESE-IVO, 2004.



hecho, la composición de los jornaleros por lugar de procedencia refleja la diversidad y alcance geográfico de estos mercados laborales.

Dimensión sociocultural de la integración económica

Durante su estadía en Morelos, los migrantes y sus familias se enfrentan a una cultura, lenguaje y medio ambiente distintos que, con el tiempo, se habi-túan a aceptar y a los que tratan de adaptarse de la mejor manera posible.

Testimonios de los propios jornaleros reflejan variados aspectos y niveles en que estos cambios son percibidos: el clima, la alimentación, los hábitos de higiene, el trato personal y otras costumbres. Además de las diferencias culturales, su condición *transitoria* afecta, en un sentido más general, la forma de satisfacer sus necesidades inmediatas, la convivencia vecinal y muchos otros aspectos de su vida cotidiana.

En el ámbito laboral, ya se ha señalado que los jornaleros se han visto obligados a aceptar condiciones desventajosas de contratación y remuneración, a cambio de conseguir un ingreso que les permita subsidiar el déficit productivo de su propia economía doméstica campesina. En su experiencia laboral, las familias migrantes han llegado a adecuar su división interna de tareas y formas de organización para adaptarse al funcionamiento de las cuadrillas y a las técnicas de producción. A lo largo

de este proceso de especialización, los jornaleros han ido incorporando de algún modo prácticas propias a los sistemas agrícolas de Morelos que, dentro del reducido margen de negociación que detentan, les permiten obtener algunas ventajas relativas.

Por otra parte, desde la óptica sociocultural, la experiencia migratoria a Morelos de indígenas nahuas, tlapanecos y mixtecos puede ser vista como un caso típico de la compleja relación que diferentes grupos indígenas establecen con la sociedad nacional. En efecto, la presencia de estos migrantes en diferentes localidades del medio rural morelense da lugar a múltiples espacios de interacción con diversos grupos sociales nativos y residentes (jornaleros locales, ejidatarios, empresarios y otros) que, en mayor o menor grado, legitiman su situación desventajosa en el mercado laboral. Lo anterior resulta del hecho que, en cada caso, los nativos (y demás grupos mestizos no autóctonos) se presentan como segmentos regionales de la sociedad nacional dominante, mientras que los miembros de grupos indígenas son parte de una minoría subordinada. Bajo tal situación de contacto interétnico de carácter asimétrico, se produce una aceptación implícita de una jerarquía de estatus (o sistema de estratificación), que opera de modo paralelo al reconocimiento de una *estructura de clases* del sistema social inclusivo, en la que la naturaleza de las relaciones entre mestizos e indios es de dominación y sujeción.¹¹

¹¹ R. Cardoso de Oliveira. *Etnicidad y estructura social*. México, CIESAS, 1992.

Éste es el contexto que explica, en buena medida, la actual *invisibilidad social* de la problemática que viven los jornaleros migrantes en la sociedad morelense. En contrapartida, estudios realizados en comunidades de destino en diferentes regiones agrícolas registran recurrentes prácticas y actitudes discriminatorias hacia los trabajadores estacionales, los cuales ponen de manifiesto prejuicios frente a su cultura y su condición marginal. Esto incluye desde actitudes hostiles hasta aquellas cargadas de paternalismo y conmisericordia que en nada ayudan a crear espacios alternativos para un verdadero diálogo intercultural. Aunque, claro está, existen notables excepciones en las cuales pobladores locales y migrantes temporales entablan relaciones basadas en el respeto, la confianza y el mutuo reconocimiento de su interdependencia.

Pero, de una manera u otra, en las comunidades *anfitrionas* han predominado ideas que reproducen -quieranlo o no- la condición subordinada de los indígenas, tal como si su precaria situación fuera natural y atemporal. Estas ideas impiden que tales comunidades se involucren en crear mejores condiciones para recibir a los migrantes.

Derechos humanos y migración jornalera

En las condiciones descritas salta a la vista que esta población migrante carece de suficientes garantías para el pleno ejercicio de sus derechos laborales

como trabajadores, sus derechos culturales como indígenas y, en general, sus derechos como humanos a recibir un trato digno.

Este es el caso de aquellos menores que migran con sus padres o hermanos y quienes con frecuencia trabajan en los surcos desde los ocho o diez años para contribuir al ingreso familiar. Si bien estos niños y niñas de hogares campesinos realizan comúnmente labores de campo y quehaceres domésticos, su participación como jornaleros los expone a problemas que afectan su salud y desarrollo: escasez de agua potable, condiciones insalubres de campamentos y viviendas, contacto con plaguicidas, acarreo de cargas excesivas y posturas forzadas mantenidas por mucho tiempo, entre otros.¹²

Estos niños y niñas también se ven afectados al impedirse o limitarse su derecho al juego, al tiempo libre y al acceso a la educación. Más aún, en este involuntario contacto interétnico, estas nuevas generaciones deben enfrentar el hecho de ser vistos como futuros ciudadanos de segunda clase.

Pero también hombres y mujeres -jóvenes o adultos- sufren jornadas extenuantes de trabajo, condiciones inapropiadas de transporte, falta de servicios de salud y vivienda acordes con sus necesidades, así como distintas restricciones para sobrellevar su vida cotidiana en el nicho migratorio. Ello no significa que las comunidades y empresas morelenses tengan limitaciones objetivas para satisfacer las necesidades de esta población transi-

¹² N. del Río Lugo (coord.). *La Infancia vulnerable en México en un mundo globalizado*. México, UAM-UNICEF, 2001.



toria y resolver las complicaciones resultantes del aumento intempestivo de la demanda de servicios en los pueblos receptores. Sin embargo, la construcción de viviendas apropiadas, la dotación de servicios sociales y de salud, así como una mayor oferta educativa adecuada para los menores, implican más bien una decisión política que responda a criterios de justicia y equidad.

De hecho, la problemática específica de este sector de la población ha motivado el impulso de políticas públicas orientadas a buscar un mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de los jornaleros migrantes. Destaca en ese sentido la labor del Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas, dependiente de la Secretaría de Desarrollo Social, así como del Programa de Atención Educativa a Nivel Primaria para Niños y Niñas Migrantes de la SEP, o del Consejo Nacional de Fomento Educativo que también cuenta con un programa diseñado para menores a nivel preescolar y primaria.

Sin menospreciar estos esfuerzos, también hay que reconocer que su cobertura es aún insuficiente y su accionar enfrenta obstáculos de diferente tipo, algunos de los cuales están relacionados con insuficiente presupuesto y personal capacitado para atender a una población multicultural

y plurilingüe. Pero también existen limitaciones derivadas de la falta de sensibilidad política de instituciones federales, estatales, municipales y ejidales que redunden en respuestas eficaces a sus necesidades y demandas. Por su parte, productores y empresas agrícolas no deberían preocuparse de que tales políticas sociales amenacen su propio beneficio, pues, por el contrario, les traería ventajas comparativas respecto a otros mercados de trabajo agrícola altamente precarizados.

En ese sentido es relevante que instituciones académicas, organismos públicos y no gubernamentales promuevan la visibilidad social de este sector y su problemática. Del mismo modo, universidades y centros de investigación deberían contribuir a identificar y caracterizar las dinámicas que enmarcan la interacción entre regiones de expulsión y atracción de estos flujos migratorios. Generar un conocimiento pertinente y actualizado de esta faceta de la realidad morelense, así como su divulgación, apuntaría a construir vínculos con la población, el sector público y el privado, así como con todos aquellos interesados en ampliar las oportunidades de los jornaleros migrantes para mejorar su bienestar, respetando su cultura.